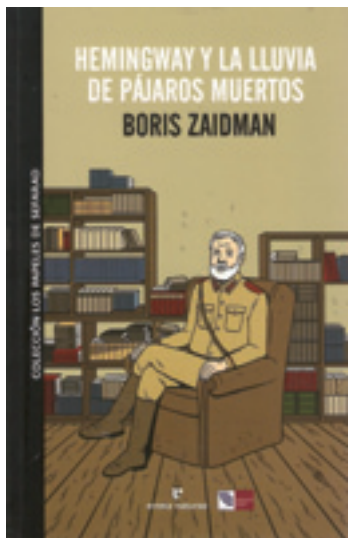


Doble infancia, doble exilio

EL DESARREGLO INTERIOR DE UN NIÑO JUDÍO EN LA URSS Y EN LA TIERRA PROMETIDA



**Hemingway y la lluvia
de pájaros muertos**

BORIS ZAIDMAN

Traducción de Roser Lluch i Oms

Errata Naturae, 2011, 244 pp. 19.90 €

Los inmigrantes no mantienen su condición a un lado de la frontera sino a ambos. Un israelita de origen ruso en Tel Aviv siempre se sentirá judío cuando regrese a su patria original y a la inversa. Al señalar esto, no nos estamos refiriendo solo a filiaciones sentimentales, sino a las inmensas cargas sociopolíticas que estas dos identi-

dades depositan sobre los hombros de sus miembros. Para un judío que en los años 70 hubiera nacido en la URSS el peso era doble, porque al reciente exterminio nazi y a la segregación hacia lo judío ejercida por la burocracia soviética, se le sumaba el resto de represiones de la dictadura comunista. Editada por Errata Naturae en su nueva colección Los papeles de Sefarard —dedicada a difundir la literatura judía—, *Hemingway y la lluvia de pájaros muertos* habla de esto. De las difusas promesas que ofrece un exilio voluntario —bueno, corrijamos: «voluntario»—. De la paranoia que causa saberse siempre perseguido, del naufragio perpetuo de quienes eligieron el camino de la diáspora. Narra la rememoración que un exiliado ucraniano en Tel Aviv realiza de sus dos infancias: la primera, vivida en el clima propagandístico soviético, y la segunda, contaminada por el desconcierto de quien no sabe ubicarse en la Tierra Prometida.

En ambos casos el texto ofrece material más que convincente. La rememoración resulta emocionante —en realidad, todas las infancias lo son, pues dan testimonio de que se ha vivido, bien o mal, pero se ha vivido— porque los distintos episodios que componen la narración atesoran el punto exacto de resentimiento y no caen en lo pusilánime a la hora de realizar la crítica. Todo lo contrario, Boris Zaidman (Kishinev, Ucrania, 1975) no se muestra conciliador con ninguna de sus dos patrias, probablemente porque la suya no es una narración



Inmigrantes rusos llegando al aeropuerto de Lydda, en Israel, 1971

**LO ESENCIAL, AQUÍ, ES
REFLEXIONAR SOBRE CÓMO
AL HOMBRE LO CERCAN
LAS CONTINGENCIAS DE
LA HISTORIA. EL HOMBRE
ESCRITO EN MINÚSCULA**

«social» sino un relato interior. Es decir, *Hemingway y la lluvia...* no debe de ser calificada de realista en el sentido decimonónico, porque no se comporta todo lo exhaustiva a la hora de pormenorizar la descripción de las jerarquías sociales en la URSS, y a la hora de que la coyuntura política del exilio quede retratada del modo más, *ejem*, neutro posible. No. La novela es realista en el sentido psicológico, porque enfoca la convulsión de un problema sociopolítico ateniéndose a su impacto interior sobre la subjetividad naciente del protagonista. La realidad, tal y como la vemos ahí fuera, pues, no conforma lo esencial. Para dar cuenta de la misma, de las coerciones exactas del régimen soviético o de las facilidades de los emigrantes para instalarse en Israel, ya están los libros de historia y los documentales. O los periódicos. Lo esencial, aquí, es reflexionar sobre cómo al hombre lo cercan las contingencias de la historia. El hombre escrito en minúscula: singular, pequeñito, despojado, vulnerable, desarraigado. El hombre como materia prima del dolor.

Lo sorprendente es que, conteniendo todos estos desgarrs, la novela también se permita un par de pasajes bastante sentimentales —el que da el título al libro y el que lo cierra—, quizás porque la infancia es oscuridad, temor y aprendizaje. Pero también, ya lo hemos señalado antes, la infancia es un eco que reclama una evocación desde la condescendencia de lo dulce. ■ ROBERTO VALENCIA

El lado salvaje de la vida

UNA NOVELA QUE DA VOZ A LOS NORTEAMERICANOS DE LA GRAN DEPRESIÓN



Un paseo por el lado salvaje

NELSON ALGREN

Traducción de Vicente Campos

Galaxia Gutenberg, 409 pp., 2011

En 1931, Nelson Algren, con veintidós años y recién graduado de la Universidad de Illinois, abandonó Chicago y se lanzó a la carretera. Las experiencias de este juvenil viaje le sirvieron a Algren para escribir su primera novela *Somebody in Boots* (1935) —duro y veraz documento de la Gran Depresión— pero también la última, *Un paseo*

por el lado salvaje (1956). «Yo solo hablo por los que arriesgan y caen; los perdedores son los únicos con algo que decir y nadie que lo diga», dijo en cierta oportunidad Algren, y su novela —como las dos anteriores, *Nunca llega la mañana* (1942) y *El hombre del brazo de oro* (1949)—, es un testimonio de ello: un tiempo —principios de los años treinta—; un lugar —el sur de los Estados Unidos—; y unos personajes —desposeídos y marginados en su mayoría—, a los que Algren dota de voz propia.

El protagonista, Dove Linkhorn, es un muchacho tejano, ingenuo y analfabeto, que en un momento dado, hartado de su padre, un predicador antipapista, decide marcharse a vivir su vida. A lo largo del camino conocerá a una cantinera mejicana para la que trabajará, se codeará con experimentados *hobos* que se desplazan en trenes de mercancías, trabará amistad con una joven errante que a sus diecisiete años parece estar de vuelta de todo y aprenderá rápidamente a sobrevivir en un mundo despiadado.

De la carretera al barrio

Una vez en Nueva Orleans, la novela deja el aire de *road novel* y se sitúa en un escenario urbano, en concreto en el barrio de Storyville, donde los burdeles y garitos son los locales más frecuentados. Allí Dove entra en contacto con unos timadores, se enamora de una prostituta y pierde definitivamente la inocencia. En esta parte de la novela el tono picaresco, incluso



Nelson Algren

**«YO SOLO HABLO POR LOS
QUE ARRIESGAN Y CAEN;
LOS PERDEDORES SON LOS
ÚNICOS CON ALGO QUE DECIR
Y NADIE QUE LO DIGA»**

de farsa, se contrapone a la impostada seriedad de las situaciones más sórdidas y dramáticas. Un crudo realismo salpicado de notas de profundo lirismo es una de las

características de la narrativa de Algren, una combinación que de no ser manejada con maestría puede conducir a un desastre, pero que en sus manos adquiere una elevada eficacia. Algren no moraliza ni juzga a sus personajes, se limita a describir los hechos con trazo certero y seguro. Hay compasión, pero no sensiblería.

Un paseo por el lado salvaje fue un éxito de ventas y reafirmó la reputación de su autor, lo cual no fue óbice para que siguiera siendo duramente atacado a causa de sus ideas políticas radicales por los sectores maccarthistas y la crítica más conservadora. De hecho, Algren nunca se recuperó de este período de ostracismo, y en las últimas tres décadas hasta su muerte en 1981 se vio incapaz de volver a la novela, limitándose a escribir ensayos y relatos cortos. La consecuencia es que, a diferencia de otros colegas suyos relegados u olvidados tras su muerte —pienso, por ejemplo, en Richard Yates— Nelson Algren no ha gozado aún de una segunda oportunidad por parte de los lectores actuales. Sin embargo, no es la primera vez que se edita esta novela en España. A mediados de los años sesenta del pasado siglo se publicó una traducción, mutilada por la censura, con el título de *La gata negra*, a imitación de la película basada en la obra de Algren y que era, pese al guión de John Fante, una mala versión y un colosal *miscasting*. Ojalá esta nueva edición suponga un paso más en el reconocimiento de un maestro del realismo americano. ■ JORGE ORDAZ